

La certeza de que hay vida después de la muerte

“Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (1 Corintios 15.20).

Lo que sucede después de la muerte no puede ser demostrado. Aunque ha habido quienes han sido resucitados de entre los muertos (véase el cuadro de abajo), no tenemos información respecto a las experiencias de ellos, mientras estuvieron fuera de esta vida.

La mayoría de nosotros queremos continuar viviendo. Esto fue lo que Salomón dijo: “Y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin” (Eclesiastés 3.11). La mayoría de nosotros tenemos la esperanza de volver a ver a nuestros seres queridos después de la muerte. Tenemos esperanza de una vida más allá del sepulcro. No queremos que la muerte constituya una puerta cerrada; queremos que sea una entrada hacia una existencia futura.

Los filósofos han presentado ideas, las cuales ellos piensan que, una de dos, o confirman o contradicen la idea de la existencia de vida después de la muerte. La lógica por sí sola no puede confirmar las conclusiones de ellos. Lo que parezca razonable puede no ser verdad.

La pregunta que Job hizo, “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” (Job 14.14), sólo puede ser respondida por revelación divina. La filosofía y la lógica no pueden presentar prueba empírica ni dar certeza incuestionable de la existencia de vida después de la muerte. Sólo la revelación infalible puede hacer tal. El fundamento para la fe, en que hay vida más allá del sepulcro, sólo puede ser tan sólido como la revelación sobre la cual descansa. Si no tenemos revelación infalible, no tendremos certeza segura de una vida posterior.

LA CERTEZA QUE DA EL ANTIGUO TESTAMENTO

Aunque la naturaleza de la vida eterna no es

Resurrecciones registradas en el Antiguo y Nuevo Testamentos

1 Reyes 17:20–23	El hijo de la viuda de Sarepta fue resucitado por Elías.
2 Reyes 4:32–37	El hijo de la sunamita fue resucitado por Eliseo.
2 Reyes 13:21	Un hombre que había sido sepultado por los moabitas dentro del sepulcro de Eliseo tocó los huesos del profeta y volvió a la vida.
Mateo 9:18–25	La hija de Jairo, un principal de sinagoga, fue levantada por Jesús.
Mateo 27:52–53	Muchos santos fueron resucitados por Dios en el momento de la muerte de Jesús.
Mateo 28:1–9	Jesús fue resucitado.
Lucas 7:11–17	El hijo de la viuda de Naín fue resucitado por Jesús.
Juan 11:23–44	Lázaro fue resucitado por Jesús.
Hechos 9:36–41	Dorcas fue resucitada por Pedro.
Hechos 20:9–12	Eutico fue resucitado por Pablo.

una inquietud mayor del Antiguo Testamento, éste provee algunas insinuaciones de que hay vida después de la muerte. Los israelitas escudriñaron las Escrituras buscando prueba de que ellos volverían a vivir.

Los siguientes son los pasajes los cuales, según ellos lo entendieron, enseñan que hay vida después de la muerte:

Deuteronomio 32.39 —Yo hago morir, y yo hago vivir.

Salmos 17.15 —En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza.

Eclesiastés 12.7 — Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.

Isaías 26.19 —Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos.

Estas expresiones puede ser que se refieran a la existencia de la vida después de la muerte, pero no revelan a qué se asemejarán los que vivan nuevamente, ni revelan la naturaleza de la esfera dentro de la cual volverán a vivir. El Nuevo Testamento da mucha más información respecto a los dos anteriores aspectos.

Otros pasajes del Antiguo Testamento pueden enseñar que viviremos nuevamente. Esto fue lo que Dios le dijo a Abraham: “Y tú vendrás a tus padres en paz, y serás sepultado en buena vejez” (Génesis 15.15; véase también 25.8; 35.29; 49.33). La frase “vendrás a tus padres” puede dar a entender que los padres de Abraham todavía existían, pero en otra esfera. ¿Cómo podría ir él a ellos si ya no existían?

Job habló de la condición de los muertos:

Allí los impíos dejan de perturbar,
Y allí descansan los de agotadas fuerzas.
Allí también reposan los cautivos;
No oyen la voz del capataz.
Allí están el chico y el grande,
Y el siervo libre de su señor
(Job 3.17–19).

También insinuó que hay vida después de la muerte al decir lo siguiente:

Y después de deshecha esta mi piel,
En mi carne he de ver a Dios;
Al cual veré por mí mismo,
Y mis ojos lo verán, y no otro,
Aunque mi corazón desfallece dentro de mí
(Job 19.26–27).

David encontró consuelo, cuando lloraba la muerte de su hijo, en la idea de que podía ir a estar con él (2 Samuel 12.23). Esto revela que David creía en la vida después de la muerte. ¿Cómo podía él anticipar que se iba a reunir con su hijo si éste ya no existía más? David profetizó respecto a uno cuya alma no sería dejada en el Seol (Salmos 16.10). Este pasaje se aplica a Jesús en Hechos 2.25–28.

Esto fue lo que Daniel escribió: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12.2).

Estos pasajes indican que esta vida no es todo lo que hay de nuestra existencia. Después de que morimos, viviremos en la esfera espiritual.

LA CERTEZA QUE DA EL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento enseña que hay vida después de la muerte. La vida eterna es uno de los temas más importantes de la enseñanza de Jesús (Juan 4.36; 6.54; 10.28; 12.25; 17.2–3), y el tema continúa por todo el Nuevo Testamento (Hechos 13.48; Romanos 2.7; 1 Timoteo 6.12).

La resurrección de Jesús nos prueba que hay vida después de la muerte. En su resurrección tenemos la esperanza de que hay vida después de la muerte (1 Corintios 15.13–22) y certeza de que viviremos nuevamente. Esto fue lo que él expresó: “Yo soy la resurrección y la vida” (Juan 11.25); “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14.19). Jesús es el que “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1.10).

La certeza de que hay vida, para el cristiano, después de la muerte, no se basa en la filosofía, ni en la lógica, ni en nuestro anhelo interno de volver a vivir. Éstas pueden darnos algunas razones plausible para creer en una resurrección de los muertos, pero no constituyen una prueba. La certeza del cristiano se basa en varias verdades:

Dios es el Creador del Universo.

Si Dios no existe, entonces ningún poder habrá, en ningún lugar, que sea capaz de proveer vida después de la muerte. Nuestro todopoderoso Dios existe, y él puede proveer la vida después de que muramos (Hechos 26.8).

Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios.

Jesús es el camino, la verdad y la vida (Juan 14.6). Lo que él dijo acerca de la vida después de la

muerte es verdadero, pues él habló la verdad (Juan 18.37). En su enseñanza encontramos verdad (Juan 8.40); en su poder encontramos certeza (Juan 11.25-26); en su resurrección tenemos esperanza (1 Corintios 15.20-22); y en su vida tenemos vida (Juan 14.19).

La Biblia es la palabra de Dios.

La evidencia prueba que fue la mano divina de Dios la que movió a los que escribieron la Biblia (2 Timoteo 3.16), lo cual significa que toda expresión que en ella hay, concerniente a la vida después de la muerte, es verdadera.

*El testimonio de los escritores
del Nuevo Testamento es verdadero.*

Sin excepción, todos ellos afirmaron que vieron a Cristo resucitado y viviendo nuevamente. La mayoría de ellos escribió con sangre la convicción de sus testimonios; pues cuando enfrentaron la amenaza de la muerte, dieron testimonio de la resurrección de Cristo (Hechos 5.29-31).

Nuestra fe se fundamenta en la abrumadora evidencia de que Dios existe, de que la Biblia es la palabra de Dios, de que el Nuevo Testamento contiene testimonio confiable, y de que Jesús es el Cristo. En esta evidencia ponemos nuestra confianza y nuestra fe, de que aunque la muerte nos

robe el cuerpo y muramos, aun así viviremos.

CONCLUSIÓN

Al anhelo de nuestros corazones, de que haya vida después de la muerte, se le da certeza por medio de la revelación divina. No podemos probar ni demostrar por medio de la experimentación de que viviremos después de morir. Nadie ha regresado para darnos testimonio personal concerniente a la esfera de los muertos. Nuestra certeza, de que hay vida después de la muerte, se basa en la resurrección de Cristo y la revelación de Dios, especialmente aquella que ha venido por medio de Jesucristo. Podemos saber que cuando experimentemos el evento de la muerte, no vamos a entrar a la extinción, sino, a la vida. ■

EL PLAN DE DIOS PARA NUESTRA SALVACION

ESCUCHAR la palabra de Dios Ro. 10:17
CREER en el Señor Jn. 3:16
ARREPENTIRSE de los
 pecados pasados 2 P. 3:9
CONFESAR la fe de uno en Cristo Mt. 10:32
Lavar los pecados
 en el BAUTISMO Hch. 22:16
Vivir FIELMENTE hasta la muerte Ap. 2:10